

EL AMOR DE FANI



Neli tenía, jugando *Tennis*, las gentiles actitudes de un friso clásico y la gracia rimada y melancólica de un baile antiguo. No era una jugadora aventajada, jugaba y perdía con frecuencia; pero su cuerpo en florida primavera—18 años— y su rostro maternal, unidos al claro timbre de su voz, eran suficientes encantos para que fuese una compañera deseable ya que, además, remediala los errores con el arpegio de su risa y al concluir tenía para el galán que compartía la derrota, una frase tímida implorando perdón. Y no era torpe ni perdía por falta de agilidad, sino por exceso de timidez, sobre todo en presencia de los hombres.

Su tía Fani, si bien contaba doble edad—y aun, según el decir de envilidosas, había pasado el Cabo de Buena Esperanza—era por el contrario jugadora admirable, elástica y sagaz, con rapidez felina para las respuestas y una ligereza al correr y saltar que no se sospechaba de su robustez de soltera sana. Por sus ojos de venturina, sus ceceos rubios y su alba tez, parecía con el blanco traje de *Tennis* una mimosa gatita de Aurora y se marcaba más el parecido cuando, la rara vez que perdía, hacía un mohín asomando la punta de su lengua entre las pulidas sartas de sus dientes. Solía también reír donosamente, si ganaba un *seto*.

Nacho, un galán de cinco lustros no cabales, creía parecerse al mismo Alberto Collo y se peinaba y vestía como él siempre a la moda, pero sin amaneramientos afeminados. Cortejó algún tiempo a Neli, recién salida del Colegio del Sagrado Corazón, hallando en ella la ingenuidad de Susana Grandais; más tarde, posesionándose de su papel, creyéndose Collo, emprendió la conquista de Fani que para él representaba a Hesperia: conquista fácil en un principio, puesto que fue ella la primera en insinuarse al buen mozo, con alabanzas hiperbólicas protegidas a cada momento propicio, en los torneos dominicales. Nacho era su compañero de victorias y ella le cedía gustosa su parte en el triunfo, a cambio de las galanterías rebuscadas y del coloquio apasionado que mantenían, al concluir el juego, sentados juntos en el cenador, viendo por entre sus arcos la decoración luminosa del Castillo de Chapultepec, a un lado y, al otro, los volcanes custodios del Valle: el Humeante y el Albo, cuyas nieves eternas, a la hora del crepúsculo, tenían rubores momentáneos, fúzacos, y parecían nieves aristocráticas, nieves de fresa...

Nacho iba enamorándose de Fani cada día más, porque lo que él juzgaba una plaza rendida ya de antemano, iba siendo una especie de Verdún inexpugnable. Ella empleaba toda su experiencia y coquetería de mujer culta y aún bella, para atraerlo y rechazarlo alternativamente, llamándolo y alejándolo con un ademán, con una palabra. Le bastaba exclamar: ¡soberbio! cuando Nacho acertaba en el juego, para que él jubiloso hiciera maravillas de habilidad con la raqueta y después, cuando ya pensaba obtener algo más de ella, escuchaba de pronto esta respuesta a sus insinuaciones amorosas: ¡niño!

Mientras, Neli seguía jugando mal delante de Nacho, a pesar de todos los esfuerzos que hacía su compañero, D. Pepe, un obeso y calvo solterón, amigo de su padre, quien la animaba infructuosamente: Neli amaba a Nacho; conservaba todavía su oído el eco de las primeras galanuras; más comprendía que era muy pequeña para él, cuando su tía Fani decía: ¡vanos, pena! Era todavía una pena, cierto; pero, en-

tonces (este entonces tenía para ella una gran fuerza en sus razonamientos) entonces ¡por qué D. Pepe hablaba con ella, en los ratos de descanso, de sus negocios, de sus finanzas, de su capital y de la conveniencia de que fuera pensando en el matrimonio, en un buen matrimonio?

Para Neli, el buen matrimonio consistía en casarse con Nacho y deseaba también, de corazón, que D. Pepe se casara con su tía Fani, porque a uno y a otra quería bien y le agradaría ver a todos felices, siéndolo ella...; mas Nacho continuaba el asedio campal de Fani que resistía con heroicidad. Ya no era solamente el asalto durante los juegos de *Tennis*, en la Reforma, sino también en el Bosque diariamente, y en los teatros y en los cines, y en el bulevar, a la hora del paseo, allí estaba Nacho, aguardando el paso del carruaje en que venía Fani con su *bulldog* a los pies: allí estaba Nacho con un gran ramillete de violetas, y día a día menudeaban los ramos de flores que iban a perfumar un saloncito en la casa de la Colonia Juárez y "se marchitaban, unos tras otros, sin alcanzar sus pétalos la merced de morir sobre el busto prócer de Fani, y de rodar luego ante ella, para ser hollados por sus pies..." (Este último párrafo es un fragmento de la literatura erótico-platónica usada por Nacho en sus epístolas).

Ya el caballero había recurrido a las últimas reservas y apelado a todos los medios lícitos en las batallas de D. Amor. La plaza resistía empero, simulando a veces desfallecimientos repentinos y cuando él redoblaba el empuje, ella aperecía las defensas o se limitaba a repetirle: ¡niño! ¡niño!..

Inútiles fueron las más feroces misivas, en las que él repetía hasta el cansancio que el defecto indicado por ella, el ser joven, era fácil de remediar, con el tiempo; ¡hasta llegó la caprichosa Fani a devolver a Nacho uno de los volúmenes de autores franceses que él utilizaba como pajes para sus epístolas, hasta llegó, digo, a devolverle un libro, con la epístola sin abrir! Nacho desesperóse al cabo y tras una semana de nocturnas peregrinaciones por los *cabarets*, buscando remedio en el vino, sin hallarlo, y cierto día salió rumbo a una hacienda del Interior, con el propósito de no volver.

Sin embargo, antes de un mes tornó y su primera aparición en sociedad fué en el club de *Tennis*, donde lo recibieron con grandes agasajos. Y como de costumbre jugó de compañero con Fani. Ella desplegó toda su coquetería y todo su ingenio para atraerlo y llegó a pedirle, recatando el rostro detrás de la celosía de una raqueta, que le prestara un libro como antes...

Neli ¡cosa extraña! logró jugar bastante bien esa mañana y en compañía de D. Pepe ganó a su tía y a Nacho una partida: cuando éste la felicitó, se le pusieron los ojos, sin querer, como dos estuches plenos de brillantes que no llegaron a salir.

A la mañana siguiente, Fani recibió de Nacho el libro solicitado; era un tomo de la serie *Pureza y Verdad*: "Lo que debe saber la mujer a los cuarenta y cinco años"..., y Neli pasó el día leyendo y besando una declaración de amor.

Francisco Monterde,

